

Adopciones peligrosas

M. Musquin Oscar y Mme. Aurelia, su esposa, llegaron á los umbrales de la vejez después de haber trabajado treinta años en el comercio de medias. Entonces se retiraron con un modesto pasar.

Formaban un matrimonio modelo, pero les faltaba un detalle para su felicidad: no tenían hijos y esto les contrariaba.

Para llenar este vacío, agregaron á su hogar, dos hijos adoptivos.

El de Oscar tenía buenos ojos y largas orejas, era un perrillo muy amable, al que llamaron Fanfán. El hijo adoptado por Mme. Aurelia era un gato de Angora, por mal nombre Pompón.

Estos dos hermanos hasta cierto punto, no se entendían y andaban siempre faltándose y sobrándose. La señora defendía á su Pompón, echando todas las culpas á Fanfán, y M. Musquin Oscar, por su parte, demostraba á Pompón una antipatía tremenda.

De aquí provinieron los primeros disgustos en este matrimonio de viejos, tan perfectamente unido hasta entonces. ¡Tan frágiles cimientos tiene la felicidad terrenal! La ríñia terminaba siempre del mismo modo: cada uno de los contendientes se alejaba mirando al otro con desdén, y estrechando amorosamente contra el pecho al respetuoso cuadrúpedo amado.

Debiendo hacerse reparaciones en la casa que habitaban, buscaron otra nueva. Madame Aurelia encontraba muchas, pero, según decía, en ninguna querían perro. Al fin M. Musquin halló una, pero se obstinaba en regalar el gato á un pastelero, para que hiciese con él empanadas de salmorejo. Esta fué la última gota de agua en el vaso de las discrepancias conyugales. Los esposos acordaron separarse amistosamente, y tres meses después se divorciaron en regla.

Como M. Musquin Oscar tenía que pasar una renta á Mme. Aurelia y Pompón, hubo

de entrar como empleado en una gran fábrica de géneros de punto, sección medias. En cuanto á la dama, se recluyó en un modesto cuartito y allí dejaba pasar las semanas y los meses en triste reclusión.

Habían transcurrido seis meses desde que se efectuó el divorcio, cuando M. Musquin, aprovechando las vacaciones del domingo, se entretenía en ver desfilar á la guardia republicana al compás de un paso doble. El buen señor llevaba una gasa fúnebre en el sombrero y otra en el brazo.

Grande fué su sorpresa cuando vió aparecer ante él, también vestida de luto riguroso, á Mme. Aurelia.

—Es una gran casualidad, señor—dijo la dama—que nos hayamos encontrado aquí.

—Usted, señora, está de luto—dijo, entristecido, M. Oscar.

—Sí, caballero—dijo Mme. Aurelia,—y usted lleva también un crespón en el brazo. ¿Cómo sigue Fanfán?

Oscar se llevó el pañuelo á los ojos.
—¡Ay, señora! Ese interesante animalito, víctima del progreso, ha sido triturado por un automóvil, dejándome inconsolable. ¿Sería indiscreto preguntarle á usted por Pompón?

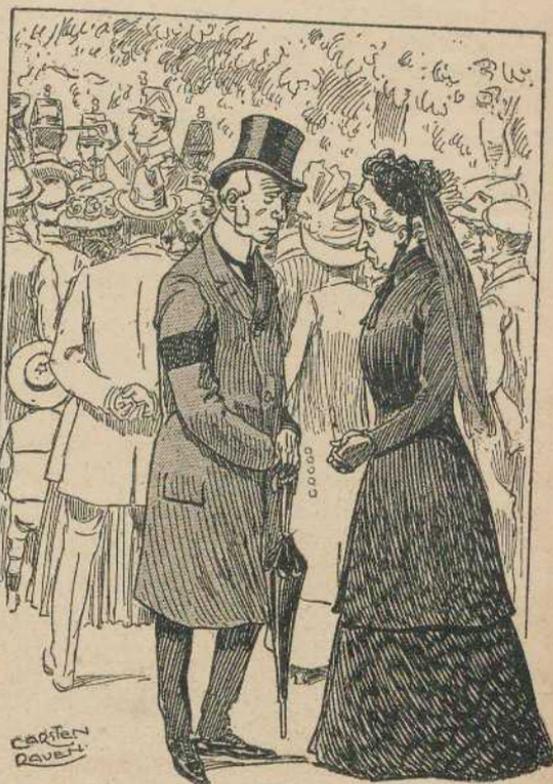
—¡Comido! — murmuró Mme. Aurelia con voz tan débil que parecía un suspiro.

—¡Es posible! ¿Usted se ha comido á Pompón?

—¡Oh! no; me lo robaron los del restaurant vecino para hacer un *civet*...

—¡Estaba tan gordo!—dijo Oscar á modo de oración fúnebre. ¿Es, entonces, por Pompón por quien lleva usted luto?

—No—repuso ella,—¿acaso lo lleva usted por anfan?



—De ningún modo.

Y los dos, bajando la voz, dijeron á un tiempo, con los ojos húmedos:

—¡Llevo el luto de mi hogar deshecho, de mi felicidad perdida!

Siguieron hablando, almorzaron juntos en un restaurant al aire libre y no se separaron hasta la caída de la tarde.

Un mes después volvían á unirse en justas nupcias, y como el alcalde les preguntara si tenían hijos el uno ó la otra, ambos respondieron en coro:

—No, señor; y nos hemos jurado no tenerlos jamás.

Y el alcalde, que no podía comprender el alcance de esta promesa, no pudo reprimir un gesto irónico al mirar los cabellos blancos de los reenganchados conyuges.

RAFAEL LIGHTONE.